



BIENES CULTURALES,
TURISMO Y
DESARROLLO SOSTENIBLE
(EXPERIENCIAS DE ESPAÑA Y ARGENTINA)

Javier Marcos Arévalo y
Rossana Elizabeth Ledesma (Eds.)



SIGNATURA DEMOS

MUSEO ETNOGRÁFICO EXTREMEÑO "GONZÁLEZ SANTANA" DE OLIVENZA (BADAJOZ): LOS PELIGROS DE LA ESTÉTICA

Luis Alfonso Limpo Píriz

*Archivero-Bibliotecario Excm^o Ayuntamiento
de Olivenza (España)*

Accediendo a la amable conminación que me hace mi viejo amigo el Profesor Javier Marcos Arévalo, quisiera contar y al mismo tiempo hacer aquí algunas reflexiones críticas sobre el caso del Museo Etnográfico de Olivenza, del que fui miembro fundador y director cuatro años (2002-2006), por si a alguien pudiera aprovechar esta experiencia local.

Parto de la base de que todo museo es una institución con dos vertientes: la que mira hacia el Pasado, con la misión de conservar y estudiar el Patrimonio, relacionada con la memoria colectiva, la Escuela y la Universidad, y la vertiente que mira hacia el Futuro, con la misión de difundir, divulgar, atraer turismo y generar riqueza, relacionada con el ámbito de la Economía y, más concretamente, del desarrollo sostenible. Ambas vertientes no se excluyen y deben complementarse la una a la otra.

El museo de Olivenza tiene con el ámbito de la Educación una deuda de origen algo olvidada que es necesario recordar. Ciertamente su inspirador y primer director fue D. Francisco González Santana, coleccionista privado y gran amante de las antigüedades. Ciertamente sin el apoyo, influencia política y largas luces de quien fue durante más de veinte años Alcalde, Ramón Rocha Maqueda, Olivenza nunca habría llegado a tener su museo. Pero el origen del mismo fue la muestra etnográfica organizada en 1980 con motivo de la *IV^a Semana de Extremadura en la Escuela*, destinada a despertar en los escolares una conciencia regional. A cada familia

de cada niño se le pidió que aportara una pieza. Fue tal el éxito de la respuesta obtenida que, lo que nació con la idea de exposición temporal, se convirtió en permanente. Sin la *IVª Semana de Extremadura en la Escuela* todas esas piezas donadas por particulares no se habrían convertido en algo público, y el Ayuntamiento no se habría decidido a rehabilitar como museo el recinto del alcázar.

El reto de Ramón Rocha Maqueda al apostar por un Museo Etnográfico para Olivenza fue ubicarlo en un lugar maldito: la recién abandonada cárcel del partido judicial, instalada en el recinto del alcázar desde 1866. Hoy entramos allí con la mayor naturalidad, paseamos por sus dependencias, disfrutamos la paz de su patio de armas o subimos —si tenemos fuerzas...— a lo alto de la Torre del Homenaje, en busca de aire puro y hermosas vistas. Pero en 1982 permanecían vivos aún los recuerdos y las dolorosas experiencias sufridas por muchos oliventinos. Los fantasmas de la guerra civil eran todavía dueños de aquellos muros, de aquellas dobles rejas de hierro y aquellas puertas con mirillas. Ubicar precisamente *allí* un museo era condenarlo al fracaso en el momento mismo de su nacimiento. O redimir definitivamente a un inmueble de su pasado de oprobio. Esa fue la apuesta, hoy ya casi olvidada. Y ése fue el triunfo. El contexto, por su parte, ayudaba. Gracias a la recuperación de la democracia a nivel estatal y municipal, gracias a la posterior puesta en marcha del proceso autonómico, fue posible la ampliación de aquella exposición inicial. La *Semana de Extremadura en la Escuela* fue el embrión, el verdadero germen de donde nació la idea del Museo Etnográfico de Olivenza. En 1980 la región se encontraba en pleno proceso de transferencias. Extremadura necesitaba buscarse a sí misma, reafirmar su identidad recopilando y exponiendo aquello que de forma más inmediata refuerza las señas de identidad de un pueblo: su cultura material.

Sentado el precedente, la semilla brotó con vocación de permanencia en 1982, coincidiendo con la celebración en el recinto del alcázar de unas Jornadas Internacionales para el estudio de la Ciudad Histórica (JIECH). El museo, en principio cinco pequeñas salas más una grande para exposiciones temporales, se constituyó en régimen de patronato municipal. Se abrió al público sólo durante los fines de semana, gracias a un grupo de jóvenes voluntarios que eran gratificados por su colaboración. En años posteriores fue ganando arraigo y enriqueciéndose gracias a las *Exposiciones de Coleccionistas Oliventinos*, convocadas regularmente cada verano. En 1985 el Ayuntamiento añadió al recinto del alcázar la contigua Pa-

nadería del Rey, cuartel de intendencia que databa de la segunda mitad del XVIII. Sus cuatro hornos tenían capacidad para cocer hasta diez mil panes al día. Dos años más tarde, en 1987, la Consejería de Cultura de la Junta de Extremadura aprobó un ambicioso proyecto de conexión y remodelación interior de los dos inmuebles, haciendo posible las necesarias obras. Al inaugurarse, con pompa y circunstancia, en el verano de 1991, el Museo inició una nueva etapa de su historia. Se convirtió en una institución que identificaba a Olivenza y con la cual, a su vez, el pueblo en su conjunto se sentía identificado. Quien más, quién menos, había puesto allí su grano de arena. El museo pasó de las seis salas iniciales a veintiocho, exponiéndose en ellas más de 9.000 piezas. En ese mismo año se le otorgó oficialmente el nombre de su organizador, D. Francisco González Santana, recibiendo por el mismo motivo la Medalla de Oro de Extremadura.

* * *

El criterio elegido por González Santana para mostrar los fondos fue huir de las clásicas vitrinas donde se exponen las piezas aisladas, acompañadas si acaso de breves textos informativos. En lugar de ello, optó por crear cuadros vivos de gran belleza plástica, en los que el propio contexto aclaraba el significado y la función de las piezas. Diversos ambientes y escenarios fueron reconstituidos hasta en sus más mínimos detalles con exquisito gusto y sensibilidad, permitiendo un evocador viaje hacia atrás en el tiempo.

Ahí tenemos, para empezar la visita, la cuadra, un punto lóbrega, con sus aperos, cangas, atalajes, con su trillo y su chozo; las orzas y vasijas que se cocieron en los desaparecidos alfares, los humildes baños de loza, las soberbias ánforas, con sus cuellos de trenzada filigrana. Y en los huecos de los viejos hornos donde un día se coció el pan, un lugar también para el vino y el aceite, trilogía clásica de la cultura mediterránea: los rulos de granito de la almazara, los capachos de esparto rezumando el oro líquido que recogieron las zafras de hojalata; el lagar, donde los pies desnudos de los hombres pisaron la uva que fermentó luego en el vientre de barro de las tinajas. Sigue la herrería, fragua y yunque, de donde salían rejas de arados, y balconadas, y el anillo perfecto de las llantas de los recios carros de labor. Dejamos atrás la tienda decimonónica, con su mostrador gastado y sus aromas ultramarinos a café, coloniales y sacos de harpillera. Seguimos nuestro deambular bajo las bóvedas y hacemos alto frente al taller del zapatero, frente al taller del carpintero, frente al taller del sastre,

cada uno de ellos rodeado por el arsenal de lo suyo. De la barbería y su mundo de azogues desvaídos, el maestro parece haberse ausentado un instante. Subimos a la planta primera, a la Sala de Música, presidida por el retrato del prócer fundador de la Banda Filarmónica más que centenaria. Incursionamos en las penumbras del arte sacro y las devociones populares para volver a la antesala de la Revolución Industrial, que se nos aparece en forma de telar artesano. Al lado tenemos la casa popular, el dormitorio del jornalero, oscuro y triste, la cocina, la sala de matanza. Alrededor de esos baños y artesas y morteros se afanaron remangados hombres y mujeres. Y en oposición a todo ese mundo de cruda rudeza campesina, el salón de bordados, todo primor y delicadeza, los encajes de bolillo, la partitura de un tango en un pañuelito, la casa del rentista, o del registrador, o del médico, con su recibidor, su sala *de estar*, su despacho y su alcoba... ¿Ya acabamos? No, falta aún la consulta del galeno, y la escuelita rural, y la imprenta, y los trajes de las señoras, y los uniformes de los caballeros, y los juguetes de los niños, y...

Francisco González Santana consiguió un museo muy seductor visualmente, e intuitivo desde el punto de vista didáctico. A partir de 1991 las visitas crecieron de forma espectacular. El Ayuntamiento se vio desbordado para atender la apertura al público durante toda la semana y la subsiguiente demanda de servicios. El régimen de patronato municipal, en vigor desde 1982, dio paso en 1997 a la constitución de un consorcio tutelado por las siguientes instituciones: Consejería de Cultura de la Junta de Extremadura (con una aportación al presupuesto del 62%), Caja de Ahorros de Badajoz (20 %), Diputación de Badajoz (9%) y, por último, Ayuntamiento de Olivenza (9%). El nuevo Museo Etnográfico Extremeño "González Santana" pasó a ser el tercero más visitado de toda Extremadura, después de los de Mérida y Cáceres.

* * *

En la década de los noventa la media se situaba en los 160 visitantes por día. Todo un éxito, sin duda. Pero de éxito... también se muere. Lo que en principio fue un pequeño museo etnográfico municipal, de ámbito local, surgido directamente de abajo hacia arriba gracias a miles de donaciones de ciudadanos anónimos, se convirtió en un museo de ámbito regional, en un ente con personalidad jurídica propia, con presupuesto y personal propio, pero cada vez más alejado de sus orígenes, cada vez más apartado del Pueblo y de la Escuela. En la década de los noventa se tomaron algunas iniciativas relacionadas con la vertiente edu-



cativa, científica y didáctica del museo. Por exigencia de la Consejería de Cultura para la futura constitución del museo como consorcio, por ejemplo, se inició en 1994 la confección del Libro Registro, indicándose la procedencia de todos los fondos. Hasta ese momento el museo carecía del pertinente inventario. Al año siguiente vio la luz el catálogo dirigido por el Prof. Florencio Vicente Castro, único instrumento de descripción disponible hasta el momento. Se elaboraron algunas fichas y material didáctico para visitas guiadas de alumnos de primaria. Se hicieron también campañas de difusión entre las escuelas de la provincia de Badajoz, y en verano se mantuvieron las exposiciones de coleccionistas locales, que ayudaron a mantener viva la identificación inicial del pueblo con la institución. Pero una vez resuelto el problema del continente, y con un exceso de contenidos que mantenía el almacén al límite de sus posibilidades, una vez resuelto el problema inmediato de su apertura todos los días de la semana, el Museo Etnográfico Extremeño "González Santana" de Olivenza corría el riesgo de convertirse en una gigantesca cacharrería. En ese preciso momento habría necesitado dar un paso más hacia delante, marcarse un nuevo horizonte y constituirse en una entidad al servicio de la Educación y de la Cultura, por un lado, y también, por qué no, al servicio del desarrollo económico de Olivenza y su comarca.

La estructura de personal aprobada en 1997, momento crítico de la constitución del consorcio, atendía exclusivamente a las necesidades básicas del museo: limpieza, conservación, vigilancia, administración y atención al público. Pero se descuidó de forma lamentable el mandato estatutario de, además de reunir, conservar y exponer las piezas, estudiarlas. Se descuidó de forma lamentable la profesionalización de la tarea catalogadora y se ignoró por completo la función investigadora, sin que el museo fuera capaz de establecer vínculos estables con los ámbitos de la Escuela y la Universidad. Una pequeña anécdota: durante varios años, por ignorar su función, unas jamugas estuvieron expuestas al público justo del revés. El museo de Olivenza basculó así hacia la vertiente puramente turística, en detrimento de la vertiente cultural, educativa y científica. En 1997 no se hizo lo suficiente por parte de las instituciones consorciadas para conjurar el peligro de que una exposición surgida directamente de la generosidad popular, y con una clara vocación didáctica de conciencia regional, acabase convertida en un conjunto de escaparates, en una exhibición mediática, en vacua escenografía. Con el paso de los años, el Museo Etnográfico quedó reducido a un *pasen y vean*, a un *todo precioso*, poética de la nostalgia orientada hacia la tercera edad. Paradójicamente,

el Museo Etnográfico propició una banalización de la cultura material y de las señas de identidad de Extremadura por la vía de su propia musealización, por la peligrosa vía de la sublimación decorativa y esteticista del pasado.

Conscientes de ello, y de la situación de impasse a que estaba abocado por la ampliación de la oferta lúdica y museística en su entorno inmediato, cuando en el año 2002 aceptamos la dirección del museo por jubilación forzosa de su organizador, D. Francisco González Santana, nos propusimos recuperar en cierto modo el espíritu fundacional. ¿Cómo? De dos maneras. La primera, estrechando los vínculos entre el Museo y el Pueblo, los donantes especialmente, a través de la constitución de una Asociación de Amigos del Museo. Y la segunda, estrechando los vínculos entre el Museo y los centros educativos –Escuelas, Instituto, Universidad– a través de visitas guiadas por el Voluntariado Cultural de Mayores, un grupo que surgió en el seno de la propia Asociación de Amigos.

Había que estrechar los vínculos con el Pueblo por una razón de orden moral. Gracias a la generosidad y al desprendimiento de numerosos donantes existía el Museo Etnográfico de Olivenza. Todos ellos, inscritos con nombres y apellidos a partir de 1994 en el Libro de Registro, merecían un reconocimiento, un sitio dentro del Museo a través de la Asociación de Amigos. Había también una segunda razón de orden intelectual. ¿Quién, sino el donante, puede aportar los datos necesarios para la correcta catalogación de las piezas de un museo etnográfico, su denominación, sus diferentes partes, su función, su historial? Había que estrechar también los vínculos con los centros educativos por diversas razones. Porque nunca estaría pagada del todo la deuda de origen que contrajo el Museo con la *Semana de Extremadura en la Escuela*. Porque, además de las funciones clásicas de reunir, conservar, estudiar y exponer, nadie se atrevería a negar hoy como la principal función de cualquier museo la educativa. Y por una razón pragmática. Un museo no puede limitarse a abrir sus puertas puntualmente cada mañana y esperar que el público acuda. Un museo tiene que tomar la iniciativa, ir él mismo en busca de *su* público, de la misma manera que el empresario busca en el mercado el cliente más idóneo para su producto. El “producto” que ofrece un museo es el mismo que ofrece la Escuela o la Universidad: el conocimiento. Estas tres instituciones, sostenidas con fondos públicos, son recursos sociales que tienen la obligación ineludible de relacionarse y complementarse mutuamente. Un museo etnográfico no puede permi-

tirse el lujo de dar la espalda a la Escuela y a la Universidad. No estoy diciendo que los museos deban tener un “departamento” o una determinada política “educativa”. Estoy diciendo, sí, que la principal razón de ser de un museo es educar, y que la educación debe ser por tanto el eje central de todas sus actividades. Si no sabemos lo que tenemos, si no sabemos que las jamugas servían para montar a caballo las mujeres, mal podremos darlas a conocer.

Para hacer realidad este programa mínimo conseguí, no sin arduos esfuerzos, que dentro del personal de guías el Consejo Rector del Consorcio destinara una licenciada en Geografía e Historia a la tarea exclusiva de mantener expedito y transitado el doble puente entre el Museo y el Pueblo, entre el Museo y la Escuela. Esta responsable de divulgar las exposiciones temporales que pasó a organizar sistemáticamente el museo se encargó de mantener en funcionamiento la recién creada Asociación de Amigos, así como de constituir y formar dentro de ella el Voluntariado Cultural de Mayores. Gracias a dicho grupo, bocanada de aire fresco que oxigenó un ambiente cerrado, se pudo ofrecer a las escuelas una visita guiada, enriquecida por las experiencias autobiográficas de los propios guías. Por otra parte, se programaron visitas concertadas a las exposiciones con los centros educativos, o actividades como la *Semana del Libro*, directamente organizadas en colaboración con otras entidades y asociaciones locales. Los meses de verano se aprovecharon para la exposición de fotografía antigua, a partir del archivo de Ricardo Martínez Teodoro. Durante varios años sirvieron para atraer a miles de oliventinos al museo, centro organizador de los más variados eventos. ¿Qué museo puede apoyarse sólo en su colección permanente para atraer público?

Gracias al refuerzo del doble vínculo originario con la Escuela y con el Pueblo, el Museo Etnográfico de Olivenza, que arrastraba un grave déficit por la falta de incremento regular de su presupuesto inicial, pudo evitar la caída en picado del número de sus visitantes en los primeros años del nuevo milenio. Gracias a su alianza con el mundo educativo, el Museo Etnográfico Extremeño “González Santana” de Olivenza pudo dignificar sus contenidos y contrarrestar el peso de la banalización turística, el peligro de la cultura-espectáculo. Gracias a su complicidad y colaboración con la Escuela, el Museo Etnográfico evitó que sus salas acabaran pareciéndose a los escaparates de El Corte Inglés, decorados con alpacas, hoces, bioldos y cestos de mimbre a la hora de promocionar los productos “de la tierra”.



* * *

Durante los cinco años en que me cupo la responsabilidad de dirigirlo, insistí siempre en la idea de que el museo debía ser al mismo tiempo una caja fuerte, un espejo y un puente. Caja fuerte para custodiar la memoria colectiva popular, a través de la preservación de esos viejos enseres y aperos que encierran todo un mundo de valores. Espejo en el que mirarnos, punto de comparación con el ayer en el que apoyarnos para suscitar una reflexión crítica sobre el presente. Y puente entre generaciones, para evitar la solución de continuidad entre los abuelos que labraron la tierra casi con el mismo arado de los romanos y los nietos que acceden a Internet a través del teléfono móvil. Pero desde el primer momento fui también consciente de que, siendo sólo caja fuerte, espejo crítico y puente entre generaciones, volcado exclusivamente hacia el Pasado, el Museo Etnográfico de Olivenza no estaría cumpliendo íntegramente su función, no estaría aprovechando al cien por cien todas sus potencialidades.

Con una media por entonces de 60.000 visitantes/año, el Museo Etnográfico constituía objetivamente un recurso turístico de primer orden, un emblema para la proyección exterior de Olivenza y su comarca, junto



al rico legado monumental, herencia de la soberanía portuguesa. Olivenza tenía en su museo un tesoro. Pero, en nuestros días, un tesoro no puede estar metido en un cofre, enterrado bajo el suelo. La Cultura, además de absorber recursos de la sociedad, tiene también la obligación de generar riqueza. El museo, además de una poderosa herramienta didáctica, es un capital que debe rendir unos intereses, unos beneficios. Principalmente, en términos educativos; pero *también* en términos económicos, sin que lo uno tenga por qué estar reñido con lo otro. Asegurada la función conservadora del Patrimonio, ayuno de estudio e investigación, pero reforzados los vínculos con la Escuela y con el Pueblo, intenté desde mi responsabilidad como director impulsar al museo como dinamizador de la economía local y comarcal. Ante las entidades consorciadas argumenté que un museo no es importante por lo que tenga, custodie o albergue, con ser ello importante, sino por lo que sea capaz de generar a partir de sus propios fondos o colecciones. En estrecha colaboración con la Asociación para el Desarrollo de la Comarca (ADERCO) y con los gestores del Plan de Dinamización Turística, propuse aprovechar la planta baja de la antigua Cámara Agraria Local, anexa al museo, para integrar en el mismo cuatro nuevos espacios:

- 1º) Una última sala, dedicada a los molineros, pescadores y contrabandistas del río Guadiana, importante referente cultural en la zona, desaparecido como río con la construcción de la gigantesca presa de Alqueva;
- 2º) Una zona destinada a demostraciones artesanas, que sirviera de terapia ocupacional a los socios del vecino Hogar de Mayores y permitiera la confección y venta de reproducciones originales, a escala, de determinadas piezas del museo;
- 3º) Una tienda, que sirviera para dar salida a los muchos productos de calidad de toda la comarca relacionados con el sector artesano y gastronómico;
- 4º) Una cafetería, que permitiera disfrutar del entorno monumental del alcázar y diera vida al casco antiguo, especialmente en los meses de verano.

Por las mismas fechas en que presenté esta propuesta de ampliación, el historiador portugués Alfredo Pinheiro Marques hizo público un sensacional hallazgo. Las paredes de las rampas y saeteras de la Torre del Homenaje del alcázar de Olivenza estaban, literalmente, cubiertas de

inscripciones del siglo XIV, inadvertidas hasta entonces por los miles de visitantes que habían desfilado ante ellas. Dentro del recinto del Museo Etnográfico resulta que había un segundo y fabuloso museo de grafitos medievales, que urgía estudiar y poner en valor. Pero ni la propuesta de ampliación, ni el proyecto que elaboré junto a las Universidades de Extremadura y Évora para musealizar las inscripciones de la Torre, fueron considerados. Sentí entonces que no tenía nada más que hacer como director del Museo y presenté mi dimisión.

* * *

Sería absurdo negar lo mucho que desde su creación en 1982 el Museo Etnográfico de Olivenza ha aportado, y sigue aportando, a la salvaguardia del patrimonio etnográfico extremeño y a la promoción turística de la ciudad. Pero, después de haber dado en 1991 el importante paso de la ampliación de sus salas, y en 1997 el importante paso de su constitución como consorcio, no supo dar con el inicio del nuevo milenio el tercer paso que hubiera hecho de él una institución al servicio de la Educación, del Conocimiento, y también del desarrollo económico sostenible, de la artesanía, del mundo rural. El museo ha permanecido estancado, abriendo y cerrando con puntualidad sus puertas, con el mismo presupuesto de hace años, con el mismo personal de siempre, sin renovarse ni profesionalizarse y, lógicamente, perdiendo cada año más visitantes, en un entorno cada vez con una mayor oferta cultural y de ocio. Ni ha puesto en valor lo que tiene, ni ha sido capaz de generar algo nuevo.

Su almacén está atiborrado de piezas: la cantidad asfixia a la calidad. Pero en casi treinta años de existencia no se ha llevado a cabo ninguna investigación sobre ellas, ningún estudio, ni se ha publicado un solo artículo en alguna revista especializada. Ningún emprendedor ha aprovechado tampoco el importante flujo turístico generado por los miles de visitantes del museo para crear alguna nueva empresa y nuevos puestos de trabajo. ¡Lo que no habría hecho la iniciativa privada en otros lugares de contar con semejante recurso! Una institución viva, que no se limite a vegetar como cadáver con excelente salud, además de recibir entradas (*inputs*) tiene que generar salidas (*outputs*). Un museo etnográfico tiene mucho que aportar, tanto al conocimiento científico y a la memoria colectiva como al desarrollo económico sostenible. Me duele reconocer que al Museo Etnográfico Extremeño "González Santana" de Olivenza le faltó

dar el paso decisivo para triunfar en ambas vertientes: la del Pasado y la del Futuro.

La dinámica del capitalismo, del mercado abierto en el que se intercambian a gran escala bienes y productos de todo tipo, resulta incompatible con la pervivencia de sociedades aisladas que consumen lo que producen, y viceversa. Pocas cosas son, en la actualidad, iguales o siquiera parecidas a como eran hace apenas cincuenta o sesenta años. Resulta evidente la diferencia entre un hornillo de carbón y un microondas. Pero es que no sólo ha cambiado el entorno doméstico, las formas de consumo e intercambio, las vías y los medios de comunicarse la gente, los modos de producción, en suma, las condiciones de la vida material en los ámbitos privado y colectivo. También han cambiado los valores que regían las relaciones entre las personas y los grupos, el orden moral que vertebraba a la Familia y a la Sociedad en su conjunto.

En algunas regiones de nuestro país, como Extremadura, la absorción de la sociedad rural por la urbana se efectuó con tal violencia y rapidez que redujo a menos de la mitad los efectivos humanos de muchos núcleos de población y provocó, incluso, la desaparición espectacular de pueblos y aldeas. El éxodo masivo a las ciudades, el abandono de casas y haciendas, la mecanización del agro, la progresiva tecnificación de la vida doméstica, han hecho caer en desuso aperos, utillajes, enseres y tecnologías que estuvieron vigentes durante siglos. Todo ese patrimonio etnográfico en gran parte se ha arruinado, se ha podrido bajo la intemperie de soles y lluvias, o ha sucumbido a la carcoma y la polilla en los doblados y graneros de las casas cerradas. Sus vestigios, en forma de patéticas ruedas de carro, sirven para dar un toque *country* al restaurante que flanquea la autopista, o para decorar tal vez el interior de un mesón *típico* en la capital, señuelo folklórico para turistas.

Esos objetos a los que la Modernidad concede un valor meramente ornamental encierran, sin embargo, todo un mundo de significados, recuerdos y vivencias para nuestros abuelos: son el testimonio fehaciente de unas formas pretéritas de vida, las señas de identidad de unos Hombres y un tiempo. La llamada cultura material es siempre algo más que materia. El Museo Etnográfico González Santana de Olivenza constituye una gozosa excepción en el panorama de abandono y expolio a que ha sido sometida la cultura rural tradicional. Pero ¡atención!, la Modernidad todo lo engulle. Todo lo convierte en escaparate, en *souvenir*, en consumo. Todo lo recicla. ¿Pues no vemos el mítico rostro del Che, emblema de la



Revolución del Sur, convertido en pegatina de la Coca-Cola, emblema del Imperio del Norte? Debemos mantenernos alerta. Y aunque los objetos, a diferencia de las palabras, no mienten, con ellos también tenemos que saber leer entre líneas, y mirar críticamente el pasado. Con respeto, no solo con nostalgia.

Al que tuvo que ponerse detrás de dos bestias agarrado con todas sus fuerzas a la manquera para labrar la tierra (lo más probable además es que ni siquiera fuera suya...) no podemos venirle ahora diciendo *lo bonito* que es un arado.